

La sicología en la historia

Escribe: MAURO TORRES

I

Para un sicólogo la primera tentación es llevar el sicologismo al fuero de la historia. Y no dejó de sernos seductora la posibilidad de fundar una tesis que, basada en el conocimiento anímico, justificara algo así como una "Sicología de la historia" que emulara en sus pretensiones con la "Filosofía de la historia". El paralelo se hizo pronto insostenible, pues si bien la Filosofía, como lo intuyó Voltaire desde el siglo XVIII, tiene legítimo derecho a meditar sobre los principios generales del acontecer humano y sobre las distintas teorías de ese acontecer, la Sicología, una ciencia particular, con fundamentos inestables, no puede aspirar a interpretar la historia sin caer en los abusos de todo método especial que quiere contener un campo de conocimiento general que lo desborda. Las discutibles conclusiones de Karl Lamprecht deben ponernos en guardia contra semejantes demasías.

Tan inaceptable como una concepción sicológica de la historia es la pretensión de conocer la historia con los métodos de la sicología. Las agudas críticas que Collingwood ha dirigido contra las aspiraciones de instaurar un método sicológico para conocer la historia por parte de Dilthey ponen de manifiesto el error intrínseco del procedimiento. Dilthey, en verdad, opinaba que nuestro conocimiento no se limita a las elaboraciones conceptuales del intelecto sino que abarca "la totalidad de nuestras fuerzas síquicas" que nos entregan la verdad en vivencias internas cargadas de significado, por haberse disuelto en ellas el

objeto histórico. De modo que el conocimiento histórico viene a confundirse con el autoconocimiento. La objeción de Collingwood dice que si quiero conocer una experiencia de Julio César, por ejemplo, no ha de ser confundiéndome con él, sino, al contrario, distinguiéndome conscientemente. El pasado no vive en el presente a través de la experiencia psicológica inmediata sino por y en el conocimiento. Para Collingwood solamente podemos rescatar del pasado las operaciones intelectuales y por eso es natural que chocara abiertamente con el filósofo alemán para quien las pasiones y todas las categorías emocionales de la existencia juegan un papel radical en el comportamiento histórico.

Le correspondió a Hegel llevar a una forma clásica la tentativa de integración entre la Psicología y la Historia en su *Fenomenología del espíritu*. La intención de la obra de convertirse en “una biografía del espíritu del mundo” y su parentesco estructural con las grandes novelas pedagógicas como el *Emilio* de Rousseau y el *Wilhelm Meister* de Goethe, hacían plausible la conjugación de lo particular con lo universal. El “héroe” de la Fenomenología es el hombre que se eleva desde la ingenuidad primitiva hasta el vértice del absoluto saber racional. En este itinerario Hegel nos hace atravesar insensiblemente desde las vivencias psicológicas del protagonista que es el filósofo mismo hasta el ámbito de los grandes acontecimientos de envergadura histórica; desde el yo particular y la conciencia particular hasta el Yo y la Conciencia Universales. Es un infinito y doloroso forcejeo por arrancarse todo sentir individual y trasladarse a los amplios espacios donde reina con poder absoluto lo general. Sabemos que el centro de gravedad de la especulación hegeliana era mostrar la travesía dialéctica en la cual el hombre se hace filósofo y en esto ha tenido cumplida justificación paradigmática. No obstante, el intento consciente o inconsciente, de condensar lo psicológico con lo histórico inspiró la acerba frase de Haym quien definió la Fenomenología “como una psicología trascendental falseada por la historia, y una historia falseada por la psicología trascendental”.

Tampoco podríamos suscribir la hipótesis de Kant, según la cual si fuera “posible tener una visión tan profunda del carácter síquico de un hombre, tal como nos lo muestran sus acciones internas lo mismo que las externas, de suerte que conociéramos todos sus motivos, hasta los más pequeños y de igual modo todas las ocasiones externas que puedan influírlos, podría-

mos calcular el comportamiento de un hombre en el futuro con una certeza tan grande como un eclipse lunar"... , porque tal causalidad mecánica excluye lo que de imprevisto y creativo tiene la acción humana. Y conocemos las airadas protestas de un Hegel o un Croce contra la sicología "cicatera" para la cual no existen los grandes hombres y contra la "historiografía sicológica" que anda buscando causalidades ridículas como resortes íntimos del comportamiento.

II

La génesis de la Conciencia Histórica está arraigada a una vieja polémica y a una honda antítesis que estremece el vasto campo del pensar y del sentir humanos. El hombre en los primeros atisbos racionales no atinaba a orientarse en la marejada infinita de los objetos y los fenómenos, las apariencias y las esencias. Fue relativamente tardío el ascenso a un dominio especulativo claro del universo y desde entonces no ha dejado de vibrar con toda fuerza la vieja polémica y la honda antítesis entre el ser y el devenir, entre la naturaleza y el movimiento, entre el espacio y el tiempo, entre el producto y la dirección, entre la substancia y la transformación, en una palabra, entre el ser estático y el ser histórico. Esa contraposición dialéctica tiene nombres propios en la misma aurora del pensamiento filosófico y se denomina Parménides de Elea todo lo que sea presencia inmóvil del ser, en tanto que la referencia a la tensión viva y dinámica, creadora y nueva se vincula a Heráclito de Efeso. Ellos dirigen desde el fondo de los tiempos la marcha o la detención, la progresión o la regresión, del sentido que tengamos de la vida, de la historia, del cosmos.

Muchos siglos vieron campear victoriosa la imagen eleática y el pensamiento y la acción inhibieron su impulso y contuvieron muchas veces la audacia expansiva y creadora de su vitalidad. Aristóteles consagró la visión parmenídea del universo y aunque llevaba implícito el movimiento en su obra, jamás entendió la autonomía del devenir ni la pujanza creadora del acontecer. Nada deviene que no haya sido antes... , era su irrevocable divisa filosófica, queriendo dar a entender con ella que el movimiento es el paso de un estado de menor perfección a uno más perfecto: la bellota que fluye solamente en virtud de que el roble se halla inherente en su devenir, puede ser la medida que

del movimiento tiene el estarigita. Con la autoridad de Aristóteles la concepción estática se hizo fuerte y mantuvo la vanguardia filosófica hasta bien entrada la Edad Media. Pero no en vano había Heráclito lanzado la semilla. Durante centurias había madurado en silencio, en el subsuelo de la vida, la insondable intuición de que el ser descansa transformándose... Al alborear el Renacimiento, el maestro Eckehart, guiado por una mística iluminada, concibe lo absoluto como un "río que corre hacia sí mismo" y toda su obra está recorrida por un estremecimiento vitalista que va a echar a andar la visión dinámica que palpita en todas las cosas con misteriosa intensidad. Jacobo Böhme, Nicolás de Cusa, Copérnico, Galileo, Keplero, Giordano Bruno, prolongan, en ocasiones aún envueltos por un misticismo heroico, aún trágicamente, pero siempre y cada vez más decididamente, la corriente historicista de la existencia. Y la ciencia y la teoría que fundan es teoría y ciencia del movimiento. En el centro de esta tradición se coloca Leibniz, para quien las mondas son individualidades en perpetua tensión y realización, y la vida un movimiento de ascensión infinita, una inquietud inacabable. Y, ¿quién no ha vibrado leyendo a Herder, con atisbos que debieron iluminar, junto con Bergson, el evolucionismo místico de Teilhard de Chardin, cuando entrevé en el seno de la naturaleza "hermosas metamorfosis" que dan vida a los vastos ciclos orgánicos y presiente un más allá evolutivo del hombre como la perspectiva más grandiosa de su filosofía de la historia? Al llegar a la filosofía kantiana de la historia nos encontramos con una forma más elaborada de la concepción del movimiento, ya que para Kant la historia es un hilo que fluye a partir de una contraposición básica, superando la concepción lineal del devenir: la concordia y la discordia, la propensión a la socialización y la inclinación a la individuación, son pares antitéticos de cuya lucha brota el desarrollo. El camino hacia Hegel —el más grande fundador del historicismo— quedaba así inaugurado, restándole apenas por recorrer el eslabón de un Fichte para alcanzar su plena madurez. En Fichte como en Goethe nos sorprende la hondura y la decisión para proclamar la libre movilidad del hombre hacia la transformación creadora. La vigorosa vitalidad de estos pensadores no le da cabida a nada muerto ni estático y todo es una constante aspiración, un desenvolvimiento hacia lo alto y lo nuevo. Hegel echa por tierra el ser estático de Parménides. Como ha dicho Karl Löwith, "la grandiosidad peculiar de Hegel consiste en haber destruído el eleatismo". Sobre sus ruinas, y

guiado por la inspiración de Heráclito, construyó la soberbia estructura de la dialéctica. La unidad y la lucha de contrarios se convierte para Hegel en el resorte inmanente de toda vitalidad, y comprender un ser ya no implica solamente el compromiso de escrutar su pasado sino también el pulsar su devenir en el traspaso necesario hacia nuevas configuraciones. De esta tradición en su más alta cumbre dialéctica se desprenden casi todas las corrientes contemporáneas que abrazan la concepción dinámica de la historia, sean sus oponentes radicales como el existencialismo angustiado de un Kierkegaard; sean sus continuadores materialistas como la escuela marxista; sea Nietzsche proclamando la dialéctica entre la estática apolínea y la embriaguez dionisiaca; sea Croce, que desechando lo que él supone muerto en Hegel se queda con lo vivo de su filosofía para entregarse a un historicismo radical; sea Spengler que ha llegado a dividir el campo del conocimiento en una concepción del universo como naturaleza y en una concepción del universo como historia; sea Ortega, para quien el hombre no tiene naturaleza sino historia; sea Cassirer, el célebre kantiano; sean filósofos religiosos de la historia como Maritain y Berdiaev que integran un tinte sutil de hegelianismo. Solo Karl Popper no ve más que "misericordia" en todo el historicismo...

La grandiosa cosecha de esta tradición es la depurada concepción de que el hombre y la historia —su obra— están guiados inmanentemente por un movimiento dialéctico de sucesivas transformaciones, ascendentes y descendentes, pero en las cuales la creación de lo nuevo se halla en el centro mismo de toda vitalidad. El determinismo del pretérito con su fuerza incalculable, se suspende, sin embargo, para abrirle campo a los golpes imprevistos del acaecer. Hasta la intuición del tiempo ha sufrido sustanciales modificaciones y en esto Heidegger ha dado la nota característica. Ya no se concibe al hombre enclavado en el pasado a la manera de lo pétreo sino que le es connatural la tendencia a sobrepasarse a sí mismo. Nunca su ser está definitivamente realizado y solo se comprende a partir de sus posibilidades. Jamás se halla acabado y vive en un permanente y heroico "aún-no" que lo empuja a trascenderse a sí mismo. Nos encontramos en un perenne proyecto. Entonces el porvenir se convierte no solo en una aspiración sino en una fuerza propulsora y determinante de la acción humana. El imperativo categórico heideggeriano es éste: ¡Llega a ser lo que eres! Y, aunque la muerte es

el límite ineluctable en su libro el "Ser y el Tiempo", sospechamos que la tesis surgió en una crisis existencial del filósofo, pues, curiosamente, en los últimos años, Heidegger se ha dedicado a destacar la filosofía de Nietzsche en lo que tiene de voluntad de poder, es decir, de incremento de la vida, como si hubiera ya superado la crisis de 1929. Pero aún en esta obra, al fundar la temporalidad, que condiciona la historicidad, como el núcleo más íntimo y privativo del hombre, le estaba trazando un abierto horizonte. Al lado de Heidegger, Sartre concibe una dinámica de la temporalidad en la cual se plantea la "necesidad de que el ser, cualquiera que fuere, se metamorfosee íntegramente, en forma y contenido, se abisme en el pasado y a la vez se produzca hacia el futuro". El hombre debe hacerse perpetuamente a través de la lucha, sin descanso, sin sábado... Aquí lo definitivo y profundo es el diario forcejeo con el destino, el movimiento, sin que se le otorgue mayor importancia al eudemonismo, ya que las horas de felicidad son, como lo ha dicho Hegel, las páginas en blanco de la historia...

III

Si la sicología ha de tener un sitio, debe ser en esta corriente de infinitas vertientes —que es la historia—. Es demasiado vasto el campo para que se sostenga la pretensión de una concepción o un método sicológico de la historia. La sicología de los protagonistas —sea de las grandes personalidades o de las masas— constituye apenas un ingrediente del devenir de los pueblos. Pero aún en este caso y si es cierto que la historia es acción y vitalidad, dinamismo y proceso, tensión y novedad, dirección y movimiento perpetuos, metamorfosis, en una palabra, la teoría sicológica que quiera ponerse a la altura de su objetivo tendrá que ceñirse a un hondo sentido del devenir en sus concepciones y en sus métodos. Deberá andar al mismo paso de los acontecimientos si no quiere dar de ellos una medida cicatera y mezquina. Si la sicología paga un excesivo tributo al eleatismo y al substantialismo; si se distrae demasiado en los contenidos y no ve los saltos; si se enreda en la trama de los hechos y no se sumerge en el hondón sorpresivo de las metamorfosis; si se queda con el espacio de la vida y no dispone de la suficiente audacia para lanzarse en pos de las imprevistas direcciones, entonces dará una imagen errática, simplista y pobre de las inmensidades misteriosas que se albergan en el seno del acontecer anímico del

hombre. Es lo que le ha ocurrido al psicoanálisis, comprometido en un nocivo sustancialismo, guiado por la pesimista filosofía de Empédocles que Freud abrazó en sus últimos años para darle un piso filosófico a la dualidad instintiva del Eros y la Muerte que encajona el acontecer individual y colectivo como entre dos paredes irrebasables, y sostenido, en fin por una antropología desueta que ve en la "horda primitiva" el origen y el arquetipo de la psicología de los pueblos. No discutimos la grandeza de Freud, pero sí nos sorprende la excesiva limitación de sus análisis de los grandes hombres o de las masas. Léase detenidamente su estudio sobre Leonardo da Vinci y no dejará de crecer la perplejidad en la medida en que se sigue la meticulosa búsqueda de las razones libidinosas de este gran hombre, descuidando los complejos resortes de su vida. Léase también su *Psicología de las masas*, con el mismo detenimiento y se descubrirá que el mayor empeño se apoya en transferir a las masas la psicología del individuo, tal como él la entiende, aplicarles su concepción de la libido y la hipótesis antropológica de la horda primitiva, sin que se vea el juego profundo de las fuerzas sociales y la increíble riqueza de los hombres de acción, sus ascensos, sus descensos, sus intempestivos desplazamientos y la novedad insondable de sus creaciones.

Wilhem Dilthey e Hipólito Taine son, en mi sentir, los heraldos más lúcidos de la manera como se debe llevar a cabo la comprensión psicológica de la vida de los protagonistas de la historia. Enfrentados aparentemente por posiciones filosóficas diferentes, se encuentran armoniosamente en el hombre que es la suprema meta de sus inquietudes. Dilthey siguiendo los pasos de un célebre discurso de Windelband cuyos ecos han llegado intensamente hasta Collingwood, había partido de la división del conocer en ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, exigiendo para estas últimas, como hemos visto, equivocadamente, un método psicológico. En tanto que Taine, adherido a un naturalismo bombástico le exigía a las ciencias históricas el rigor positivista de la botánica. Ubicados en el interior del hombre los dos bucean con admirable sutileza y hondura. Ellos concentraban cualidades sin las cuales solo se llega a la pequeña historia de "tijeras y engrudo": filósofos, científicos, historiadores, humanistas, y con una densa vocación poética. Poetas, sobre todo, que pueden asomarse sin vértigo a los abismos del ser. Esto es lo que nos hace comprender por qué Schelling, Burckhart, Momm-

sem, consideraban a la historia tan vecina de la poesía y al historiador más inscrito en el gremio de los artistas que de los científicos.

Dilthey ha consagrado cuatro volúmenes, nada menos, a las biografías histórico-sicológicas. ¡Cuánta importancia revestiría para él la comprensión anímica del individuo universal! ¡Aquí sí vemos compenetradas las fuerzas exteriores y las fuerzas interiores, el Yo social y el yo individual, la Conciencia histórica y la conciencia particular, traspasándose mutuamente hasta llegar al acontecimiento! ¡Qué claridad filosófica unida a la erudición histórica y a la sensibilidad sicológica! ¡Toda una época entornando al individuo y todo el individuo recorriendo la época! Es Shakespeare disuelto en la época isabelina y la época isabelina hablando por boca de los personajes de Shakespeare sin que estos pierdan la parte de originalidad que les confiere la libre interioridad creadora del poeta; es Vitorio Alfieri, con su infancia y su pubertad, sus pasiones y sus extravagancias; es Balzac con sus tremendas luchas por alcanzar la grandeza; Dickens con sus misteriosas reacciones delante de sus personajes que parecían estar hechos de carne y nervios; son Lessing, Goethe, Schiller, Novalis, Holderling, dominados por su historia y abrumados por las oscuras corrientes del genio; son Voltaire y Hegel los filósofos.

Si la sicología debe abandonar sus pretensiones de suplantarse a la historia, tiene que saber, por otra parte, que su radio de comprensión es infinito. Es la Sicología en la Historia. Una ciencia del hombre que estudia el reborde sicológico de los hechos de los hombres. Y así puede seguir toda la trayectoria desde la fusión zoológica y cósmica hasta las cumbres de la individualidad y la madurez de los pueblos; desde las nieblas mitológicas y oníricas hasta la despejada historicidad. Cooperará con el historiador y el sociólogo para iluminar las grandes crisis; ensayará escrutar el interior de los personajes de excepción que guían los destinos de las colectividades: el héroe, el genio, el profeta, el místico, el estadista, el ídolo, el visionario. Como en el decir de Bacon, estrujará los documentos hasta obligarlos a escupir la verdad de la vida de los hombres. Nuestro mundo está urgido de una comprensión sicológica porque las pasiones, las fuerzas anímicas, los temperamentos, se hallan incrustados en los engranajes mismos de los sistemas. Yo no admiro a Marcuse cuando interpreta la cultura en términos del “principio del pla-

cer” y del “principio de la realidad” freudianos, porque, aunque les infunde un cierto brío historicista, lo lanzan a la utopía de Narciso o a la depresión mortal. Pero sí me parece que raya muy alto en la crítica filosófica y psicológica de la sociedad industrial contemporánea, unidimensional, represora, que al destrozar la familia como centro de la formación individual, precipita al hombre en una pequeñez sin paralelo. ¿Qué grande, en cambio, la máquina y qué perfecta! ¿A dónde vamos? “Alza de la máquina y baja del hombre”, ha dicho Mumford. Progresivo abandono del interior y postración idolátrica ante la tecnología. Por allí andan esos grandes hombres de industria, los tecnólogos, los ejecutivos, los empresarios, en desolada enajenación. La periferia se ha dilatado lo que queráis, pero se ha encogido monstruosamente el centro. ¿Haremos de Kafka nuestro profeta? ¿Nos hundiremos en ese universo de crustáceos, sin identidad y sin nombre?

Se plantea, por último, la cuestión de si es posible y cómo la integración entre el sicólogo y el historiador. Cuando Toynbee ha sentido la necesidad de saturar su obra de notas autobiográficas, como un segundo teclado, para darle una dimensión insólita y un trasfondo personal, es porque ya se intuye la decisiva importancia de la vida anímica del historiador en la elección de sus objetivos, sus intereses temáticos, la escondida simpatía de sus ideas, su desarrollo y orientación. Desde luego que en el plano intelectual son importantísimos el esfuerzo creador, la voluntad de conocimiento, la capacidad, la mentalidad, la formación técnica y cultural. Sin embargo, y más al fondo, existen fuerzas que juegan un papel secreto, silencioso pero profundo, como el topo en las galerías subterráneas, que solo es posible comprender por intervención de las corrientes subjetivas, con frecuencias irracionales y casi siempre inconscientes. ¿Por qué elegí un tema y no otro? ¿Por qué me consagré a tal personalidad y la desarrollé de tal manera característica? ¿Cuáles las razones emocionales de mis simpatías y mis odios, de mis aciertos y equivocaciones? ¿Qué papel juega la reciedumbre o la flojedad de mi personalidad para encarar con valor el espíritu del tiempo o para claudicar delante de intereses externos a la historia que quieren una verdad comprometida? ¿Qué papel, en fin, juega mi vida en mi razón histórica? Toynbee nos ha confesado la intervención determinante que tuvieron la madre y Spengler en su vocación histórica. Conocemos las secuelas positivas y

negativas de su spenglerismo, ¿cuánto debe a la madre su final inclinación afectiva por la religión, como él mismo lo ha revelado? ¿Cómo detectar todas estas fuerzas psicológicas en el historiador? Henry Marrou ha propuesto, con las respectivas reservas, la adopción del "Sicoanálisis existencialista", fundado por Sartre, para el autoconocimiento del historiador. El tema es demasiado movedizo, porque pisamos territorios vírgenes, y la luz solo vendrá desde el futuro. Pero estoy seguro que dentro del inquieto espíritu de investigación que domina el ámbito de nuestra Academia no disuena ni está por demás que lancemos ya ésta sonda en el seno de lo desconocido.

BIBLIOGRAFIA

- Berdiaev Nicolás. *El sentido de la historia*, Editorial Araluce, Barcelona, 1943.
- Conrad-Martius H. "El Tiempo", Revista de Occidente, Madrid, 1958.
- Cassirer Ernst. *Antropología filosófica*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1951.
- Croce Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1960.
- Cruse B. *El carácter de la filosofía moderna*, ediciones Imán, Buenos Aires, 1959.
- Collingwood R. G. *Idea de la historia*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1968.
- Dietrich, Richard. *Teoría e investigación históricas en la actualidad*, Editorial Gredos, Madrid, 1966.
- Dilthey W. *Vida y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1953.
- Dilthey W. *Hegel y el idealismo*, Fondo de la Cultura Económica, Méjico, 1956.
- Dilthey W. *Sicología y teoría del conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1951.
- Dilthey W. *Literatura y fantasía*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1963.
- Dujovne León. *Teoría de los valores y filosofía de la historia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959.
- Hegel F. G. W. *La phenoméologie de L'Esprit*, Aubier, Paris, 1939.
- Hegel. *La filosofía de la historia universal*, Revista de Occidente, Madrid, 1953.

Heidegger Marin. *El ser y el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1962.

Herder J. G. *Ideas para una filosofía de la historia*, Losada, Buenos Aires, 1959.

Husserl E. *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*, Edit. Nova, Buenos Aires, 1959.

Kant I. *Filosofía de la historia*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1964.

Kahler Erich. *Qué es la historia*, Fondo de la Cultura, Méjico, 1966.

Kahler Erich. *Historia universal del hombre*, Fondo de Cultura, Méjico, 1965.

Löwith Karl. *De Gegel a Nietzsche*, Editorial Suramericana, Buenos Aires, 1968.

Maritain J. *Filosofía de la historia*, Ediciones Troquel, Buenos Aires, 1962.

Marrou H. *El conocimiento histórico*, Editorial Labor, Barcelona, 1968.

Marcuse H. *Eros y civilización*, Editorial Mortiz, Méjico, 1965.

Marcuse H. *El hombre unidimensional*, Editorial Mortiz, Méjico, 1968.

Munfor Lewis. *La condición del hombre*, Fabril, Buenos Aires, 1960.

Nietzsche F. *La voluntad de poder*, Aguilar, Buenos Aires, 1951.

Olasagasti Manuel. *Introducción a Heidegger*, Revista de Occidente, Madrid, 1967.

Popper Karl. *La miseria del historicismo*, Taurusm, Madrid, 1961.

Royce, Josiah. *El idealismo moderno*, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1945.

Sartre J. P. *El ser y la nada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1966.

Spengler Oswald. *La decadencia de occidente*, Espasa Calpe, Madrid, 1948.

Taine H. *Historia de la literatura inglesa*, Editorial América, Buenos Aires, 1945.

Walsh W. H. *Filosofía de la historia*, Siglo XXI, Méjico, 1968.